

# BRASSEUR DE BOURBOURG Y EL EMPERADOR MAXIMILIANO

Maria STEN

A MÁS DE CIEN AÑOS de su muerte, el abate Charles Etienne Brasseur de Bourbourg sigue siendo un personaje muy controvertido, elogiado por unos y criticado por otros. Cualquiera que sea la posición que un historiador moderno quiera tomar hacia este descubridor de importantes documentos prehispánicos, etnógrafo y escritor, tendrá que reconocer tanto sus entusiastas esfuerzos en dar conocer la cultura precolumbina en Europa, cuanto el rescate de legados de incalculable valor como lo son el manuscrito de Landa, el famoso códice maya *Troano*, la obra maya *Rabinal-achi* y varios otros. A ello hay que añadir varios volúmenes de apuntes etnográficos e impresiones de viajes en Centroamérica y en México, apuntes de un valor desigual e impregnados de una imaginación no siempre del todo verídica.

Nació Brasseur en 1814 en el norte de Francia, en la pequeña ciudad de Bourbourg, hijo de una modesta familia francesa. Desde temprana juventud —como él mismo escribe— soñaba con grandes viajes, atraído en lo especial por la América Latina. A la edad de veinte años pasó a París, donde se ganó la vida colaborando en los periódicos y escribiendo novelas (algunas bajo el seudónimo de Ravensburg). Su vocación había sido siempre más de etnógrafo y viajero que de sacerdote; sin embargo, gracias al hábito pudo efectuar sus viajes y sus investigaciones en el campo de la cultura precolumbina que tanto le fascinó.

Ordenado en Roma en 1845 pasó algún tiempo en Canadá, donde escribió la *Histoire du Canada, de son église et de ses missions*. Un año más tarde se encontraba en Boston, de donde regresó a Roma, y en 1848 efectuó su primer viaje a México. Nombrado capellán de la legación de Francia en México, el abate pudo comenzar sus investigaciones, pronto coronadas por el descubrimiento de un códice al cual dio el nombre de *Chimalpopoca* en honor de su maestro en náhuatl, Faustino Chimalpopoca. Al mismo tiempo escribió su primer libro acerca de la América Central, en el cual mezclaba los mitos escandinavos con la historia de los mayas.

El libro lleva por título *Lettres pour servir d'introduction à l'histoire primitive des nations civilisées de l'Amérique septentrionale*.

En 1851 Brasseur regresó a París y comenzó su ardua labor de dar a conocer a México por medio de artículos y conferencias. Sugirió al gobierno francés que enviara una misión científica a México, sugerencia que tomaría cuerpo mucho más tarde, en 1863.

No pasó mucho tiempo antes de que Brasseur se encontrara por segunda vez —en 1854— en América Latina. Pasó tres meses en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, donde se estableció y donde el arzobispo García Paláez le ofreció la parroquia de Rabinal. Encantado con la vida indígena, el abate escribió los primeros volúmenes de su *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale*. Tradujo el *Popol-vuh* y el drama maya *Rabinal-achi*. Fue éste un período de su vida especialmente activo, en el cual viajó mucho y aun terminó el segundo volumen de su *Histoire des nations civilisées*. Volvió a Francia, pero muy pronto estaría de nuevo en México, esta vez enviado por el Ministerio de Educación de Francia. Viajó por Tehuantepec, dejando con sus impresiones un ameno libro: *Voyage sur l'isthme de Tehuantepec, dans l'état de Chiapas et la république de Guatemala*. Nunca escribió el segundo volumen, dedicado a Chiapas y Guatemala; sin embargo, publicó algunos fragmentos, concernientes a Palenque, en su obra *Recherches sur les ruines de Palenque et sur les origines de la civilisation maya*.

De nuevo en Francia, fundó, junto con León de Rosny y Joseph Marius Alexis Aubin, la *Société Américaine de France*, y dictó numerosas conferencias, entre ellas una acerca del triste estado de la colección americana del Louvre.

En su quinto viaje a América Central, en 1863, exploró las ruinas de Copán y Quiriguá. Como miembro de la *Comision Scientifique du Mexique*, que se formó en Francia en 1863, Brasseur deseaba excavar en Yucatán con esperanza de encontrar algún códice maya, proyecto que no pudo efectuar debido a la obstinada oposición del entonces gobernador de Yucatán.

Al principio de 1865 llegó a México, en donde Maximiliano le ofreció los puestos de ministro de Educación y director de museos, mismos que Brasseur rechazó.

La carta que reproducimos aquí se refiere precisamente a los encuentros de Brasseur con el emperador y la emperatriz Carlota. Procede la carta de un manuscrito de setenta

páginas que se encuentra actualmente en la Biblioteca Nacional de París, en la *Colección P. Angrand*, N<sup>o</sup> 4. La noticia del manuscrito, inédito hasta ahora, la da Carroll Edward Mace en el volumen 13 del *Handbook of Middle American Indians*, haciendo notar que el manuscrito nunca fue examinado con la detención que merece. La carta procede del quinto viaje que Brasseur hizo a México y de cuando el comisario imperial en Yucatán (Salazar Ilarregui) se opuso a que hiciera las excavaciones en Yucatán. Está dirigida a un "cónsul general" cuya identidad no he podido descubrir. Leí las cartas en París en el año 1976 y mandé hacer una copia fotostática, cuya traducción aquí ofrezco.

Murió Brasseur de Bourbourg en Niza en enero de 1874 dejando varios volúmenes publicados y varios manuscritos que nunca fueron publicados y cuyo paradero se desconoce.

Guatemala, 16 de julio de 1865.

15 de septiembre de 1865  
29 de septiembre

Señor cónsul general:

Algunos meses han pasado desde que me propuse escribirle y siempre una u otra cosa me ha impedido realizar mi deseo al respecto; tanto así, que mi informe acerca de Yucatán se encuentra todavía en mis carpetas esperando que lo termine y que lo mande al ministro. Pero esta vez quise tomar una buena resolución y ejecutarla de inmediato, a pesar de estar incomodado por un ferúnculo que me salió sobre el hombro y del que quisiera estar curado. La copia de mi carta al señor Duruy, que he incluido en la carta a mi sobrino, le dará los detalles de mi último viaje de Veracruz a Omoa, de donde me fui para el interior de Honduras hasta Santa Rosa, y de allí a Copán, para llegar después a Guatemala. Pero antes de hablarle de aquel país quiero decirle todavía algunas palabras acerca de México, de lo cual yo tendría para entretener a usted largamente, si me fuera posible hacerlo por carta.

Ya habrá visto usted, por mis anteriores cartas dirigidas al ministro, los obstáculos que he padecido en Yucatán por parte del comisario imperial, y cómo he llegado a México. Por una coincidencia bastante singular, el mismo día en que yo desembarqué en Veracruz, el abate Domenech<sup>1</sup> y otro abate (el abate Alleau),

<sup>1</sup> E. Domenech. Fue capellán castrense en uno de los ejércitos del Cuerpo Expedicionario. Escribió varios relatos de viaje.

quien después se hizo echar de México por los gendarmes, entraron al puerto en el barco de St. Nazaire, y hemos llegado todos juntos, aunque en coches diferentes, el mismo día a la capital. Estos dos abates se habían hecho pasar a bordo por personajes importantes, murmurando cuidadosamente uno del otro, en especial el segundo; se alojaron en el mismo hotel que yo. Tres abates franceses llegando al mismo tiempo: juzgue usted la sensación que esto debía producir. Estos dos señores no llevaban consigo ni cartas de recomendación y muy poco dinero; obtuvieron inmediatamente, por intermedio de algunos importantes personajes, el ser presentados al emperador, quien además les recibió del modo más amable. Uno se sorprende que yo no hubiese hecho como ellos y pedido una audiencia: pero yo no lo quise pedir, temiendo que el emperador se imaginara que la pedía tan sólo para quejarme de su comisario en Yucatán, cosa que yo no pensaba hacer de ningún modo. Los periódicos ya habían hecho la historia bastante pública, y yo sabía, por el señor de Montholon,<sup>2</sup> que su majestad estaba informado de todo y que sabía de mi estancia en la capital. Hablando de mí, en el curso de una cena oficial, la emperatriz había añadido, ante el señor de Montholon, que ella ya me conocía por mis obras y que estaba encantada de saberme en México.

Así pasé tres semanas visitando y coleccionando. Un jueves vi entrar en mi casa un ayudante de campo íntimo de su majestad, al cual conocí llegando de Sisal a Veracruz, y quien venía a veces a platicar conmigo. Después de algunos instantes de conversación, interrumpiéndose de repente, me dijo: "A propósito, no vine solamente a visitarlo; su majestad me ha encargado de invitarlo para pasado mañana a Chapultepec; la comida es a las cuatro." Rogué a este señor que agradeciera al emperador el honor que me otorgaba, añadiendo que yo sería puntual. Lo fui en efecto, y me fui al castillo en el traje romano que usted me conoce. Sus majestades estuvieron muy amables, diciéndome que me conocían desde hacía mucho tiempo por referencias y por mis obras, y que les encantaba conocerme personalmente. Fui colocado al lado izquierdo de la emperatriz, ella misma colocada a la izquierda del emperador; durante toda la comida se me hicieron preguntas acerca de muchas cosas, pero ni una palabra acerca del comisario imperial, y yo me guardé bien de hacer ninguna alusión a él.

Naturalmente, hablábamos de antigüedades; el emperador me dijo que él se opondría constantemente a que ellas salieran de México, y acerca de esto yo combatí firme aunque respetuosamente las ideas de su majestad, añadiendo que si las excavaciones se ejecutaran habría con qué llenar no solamente los museos de México, sino hasta todos los de la Francia y la Europa. "Desde luego",

<sup>2</sup> Marqués de Montholon. Ministro de Francia en México (1864-1865).

añadí, "que vuestra majestad no debe temer nada. El señor de Longpérier, que su majestad la emperatriz conoce, ya que fue acompañada por él en el Louvre, es enemigo de las antigüedades americanas, las que destierra cuanto puede del museo". "Estoy encantado", contestó el emperador riendo, "y para agradecerle su oposición, que nos conviene tanto, voy a enviar una condecoración al señor de Longpérier".

Después de comer el emperador me llevó a su gabinete, donde me enseñó algunas antigüedades; después, poniéndome familiarmente las dos manos sobre los hombros, me dijo, mirándome en el blanco de los ojos: "Está bien, abate, estoy contento de usted; le voy a permitir a usted hacer las excavaciones, y llevar todo lo que usted dese." En seguida añadió que hacía falta arreglar diversas salas grandes en el palacio en México que destinaría al museo y a la biblioteca imperial. "Usted vendrá a ver todo esto", me dijo "y conjuntamente pensaremos en lo que hay que hacer para organizar lo mejor posible esas dependencias". Al mismo tiempo, me comprometió a venir de cuando en cuando a Chapultepec para ver si no se descubrían algunos restos de esculturas de tiempos de Montezuma y las grutas sepulcrales de los reyes toltecas. Yo fui varias veces; las grutas seguían invisibles, pero encontramos un bajo relieve mutilado de Montezuma y varias otras esculturas sobre las rocas bajo las ventanas de la emperatriz.

Otro día, recibí una tarjeta del conde de Bombelles,<sup>3</sup> invitándome a ocurrir a Chapultepec a la una de la tarde para platicar con sus majestades sobre historia mexicana, etc. Fui y me quedé solo con la emperatriz hasta las cuatro, platicando un poco de historia, mucho acerca de la situación, etc., etc. Era la hora de comer; el emperador entró: "Estoy fastidiado de no haber podido venir a platicar con usted, abate", me dijo. "Mi ministro de asuntos exteriores se quedó conmigo todo este tiempo, pero ya es hora de comer; véngase, y síganos." A la mesa tomé la izquierda de la emperatriz, lo que me fue indicado como la primera vez. Después de esta cena recibí varias veces la visita de mi amigo, el ayudante de campo, quien me hizo, de parte del emperador, proposiciones directas de comprometerme como agregado a su majestad y hacerme quedar en México, sea para dirigir los museos y bibliotecas, sea para otra cosa. Yo objetaba un poco mi vida independiente, etc., y terminé por decir que si se trataba de una posición *enteramente* independiente de un ministro mexicano, y no teniendo sino a su majestad por encima de mí, yo estaría dispuesto a aceptar. Las cosas quedaron así durante varias semanas; había dificultades; me informaron que el emperador me había propuesto al Consejo de Ministros para darme la cartera de ministro de Instrucción Pública, y la cosa fue aun repetida a la legación; pero

<sup>3</sup> Conde de Bombelles. Jefe de guardia o de la Casa Militar del emperador. Regresó a Europa acompañando a la emperatriz.

hubo oposición y su majestad cedió por el momento, habiendo dicho que yo conocía México mejor que cualquiera de sus ministros presentes.

En tales circunstancias, insistí en irme de México antes de la estación de lluvias, prefiriendo dejar al emperador meditar sobre sus ideas y madurarlas, y no exponerme al celo mexicano; así mostraba mi independencia, la cual yo decía estimar mucho, lo que es verdad; como usted lo sabe, señor cónsul general, quedando libre de regresar más tarde a México si su majestad exigía algún día mi presencia. Anuncié que mientras tanto haría una excursión por América Central, y fue en cierta medida a pesar del emperador y de la emperatriz que me dispuse a partir. Una o dos semanas antes el ayudante de campo vino a preguntarme de parte de su majestad si estaba dispuesto a aceptar la Orden de Guadalupe, añadiendo que si me hacía esta pregunta por adelantado era porque un rumor había corrido, rumor proveniente del cuartel del mariscal Bazaine, de que yo había rechazado la condecoración de la Legión de Honor. Expliqué lo que podía haber más o menos de fundado en este rumor, diciendo que sería muy feliz en recibir la Orden de Guadalupe. Algunos días antes de mi salida fui invitado a comer a Chapultepec, y después de la comida el emperador me entregó las insignias de oficial de la Orden. Me despedí primeramente de la emperatriz, que me dijo en tono que no sé bien definir: "Eh, bien, señor abate, usted quiere abandonarnos e irse a Guatemala." Me incliné sin contestar. El emperador me entretuvo bastante tiempo y, apretándome después la mano, me dijo: "Eh, bien, váyase, abate. Lo que he decidido tendrá sin embargo lugar."

Agregaré aquí que, un poco de tiempo antes de esta comida, la emperatriz, en una comida donde se había hablado de mí, dijo a un señor, quien me informó, que ella había manifestado al señor Eloin<sup>4</sup> el deseo de tener mi *Historia de México*. Afortunadamente tenía un ejemplar conmigo; me apresuré en dedicarlo a su majestad con una carta de homenaje. Y al día siguiente recibí una tarjeta de agradecimiento, escrita toda de la propia mano de su majestad, incluso la dirección. La comida de hace poco tuvo lugar algunos días después.

He aquí, señor, el relato sucinto de lo que ha pasado en cuanto a mi persona en México. Qué sucederá, no sé nada. Dudo mucho que alguno de estos bellos proyectos se realice, pero a pesar de que no me falta la ambición, y lo confieso de buen grado, me dolería, aun al precio de una alta posición, sacrificar mi independencia y prolongar indefinidamente mi estancia en México. Mi ayudante de campo debe escribirme necesariamente y no es imposible que me encuentre con el emperador en Yucatán hacia

<sup>4</sup> Félix Eloin. Fue durante algún tiempo (¿1864-1865?) jefe del gabinete del emperador.

fin de año. Ya veremos lo que sucederá, pero prefiero en mi situación actual dejar las cosas a su suerte en vez de empujarlas demasiado. Si el puesto en cuestión se presenta de modo natural, bien, me dejaré atraer; en caso contrario, regresaré a París, si Dios lo quiere, sin haber ganado nada.

Al regreso de Oaxaca del mariscal Bazaine me he presentado en su casa dos veces en traje de ceremonial; fui recibido la segunda vez, y de modo muy conveniente, pero el mariscal no me ha devuelto la visita de ningún modo; yo tampoco la esperaba, solamente esperaba su tarjeta; ésta tampoco llegó y no regresé más a su casa, ni siquiera para depositar una tarjeta de despedida. El señor Outrelaine ha sido mucho más cortés, y sólo me queda celebrar mis relaciones con él. Nos hemos encontrado de nuevo por ser del mismo departamento, casi del mismo país y casi de familias conocidas. En cuanto al señor Mehideu, del cual no le he dicho ni una palabra hasta ahora, contaba con fotografiar el Museo de México y con tomar impresiones de las piezas principales, y, en caso necesario, con tomar los planos de las ciudades y de los monumentos antiguos de Teotihuacán y de Tezcucó, que hemos visitado juntos y que son muy dignos de ser estudiados. Ignoro, desde mi salida, qué ha hecho, pero temo que su modo altivo no sea nada del gusto de las poblaciones hispanoamericanas, a quienes quiso tratar un poco como a los fellahs del Egipto y los esclavos de la Turquía. No le hablo del pequeño burgués: tuvo una fiebre y el mal del país y quiso irse; no hay mal que por bien no venga, ya que es un pequeño imbécil que me puso, creo, en tantos apuros como su secretario en Perú. *Sufficit.*

Regresé pues a Guatemala después de un viaje largo y penoso a través de Honduras; pero estoy contento de haberlo hecho. Después de haber pasado quince días aquí, me fui de excursión y de vacaciones con los señores du Teil, los cuales han de haberle escrito últimamente, según me lo ha dicho Óscar. Allí contraí un mal de ojos que me duró quince días, pero ya me he librado de él. Su finca cafetalera está bien, pero se dice que la de los Brama está todavía mejor. Regresé aquí hace tres días. Nada ha cambiado en el orden de las cosas desde la muerte de Carrera y todo esto va bien que mal, como antes; no se nota la desaparición de aquel hombre, que uno se imaginaba tan necesario al mantenimiento de la paz. Solamente le diré a usted, *inter-nos*, que tienen aquí un miedo extremo de que a Maximiliano se le venga el apetito de la anexión, y este miedo ha estado aumentando desde los decretos del emperador concernientes al clero. Al principio se hablaba de él en Guatemala como si fuera un santo; todos los curas, todos los monjes, compraban los retratos de sus majestades; hoy los miran más que de reojo, y Pepe Milla está, a no poder más, chocado de la tolerancia de los cultos.

Monseñor Meglia, nuncio del papa en México, llegó inesperadamente aquí en el último barco de Panamá; su llegada se presta

a toda suerte de conjeturas. Fue recibido por el arzobispo, su nuevo coadjutor, monseñor Barrutia, que acaba de ser consagrado obispo en lugar de su hermano, y por todos los ministros. En cuanto al señor de Cabarrus, quien es sumamente amable conmigo, acaba de recibir la cruz de oficial de la Legión de Honor al mismo tiempo que la de comendador de Guadalupe; había conocido bien al emperador Max en Trieste.

Usted tiene noticias más frescas de México que aquí; no le comunicaré, pues, nada de nuevo. Sin embargo, diría que por lo general cuando me fui las cosas iban pasablemente, y, haciendo aparte las dificultades de las circunstancias, se puede decir que iban mejor de lo que decían los periódicos de la oposición. No es más cuestión del filibusterismo yanqui, y yo aceptaría de buen grado, según las apariencias, que Johnson se está preparando a la tiranía, si no al imperio, desde su advenimiento. Todo me parece inclinarse en los Estados reunidos a un golpe de estado y a un nuevo orden de cosas; existe ya la subdivisión en seis grandes divisiones militares, y se dice que hay peticiones ante el presidente de crear una nobleza y títulos en favor de los generales vencedores del Sur. El que viva lo verá.

Termino mi charla rogándole de transmitir mis sentimientos respetuosos a la señora su madre y mis recuerdos al señor Anatole, su hermano; reciba usted muestras de estimación sincera y mis consideraciones más afectuosas.

Brasseur de Bourbourg

El señor Hardi, a quien he visto ayer en la noche y bastante a menudo, no se ocupa de otra cosa que de sus orquídeas; es más perezoso que nunca, aunque todavía ayer dijo que le va a escribir.